

EL RELATO HISTORICO-NOVELESCO

LOS PIRATAS EN CARTAGENA

Escribe: SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

CARTA DEDICATORIA

Al excelentísimo señor doctor don Rafael Núñez, Presidente de Colombia.

Estimado señor y antiguo amigo:

¿A quien, sino a usted, podría yo dedicar esta obrita, fruto de mis veladas de los últimos dos meses?

Cartagena ha sido siempre para mi espíritu una de las ciudades más interesantes de Colombia, no tan solo por su poética belleza, por la amable hospitalidad que siempre he recibido en ella las veces que la he visitado, y por su heroica historia —desde el descubrimiento, al empezar el siglo XVI, hasta los acontecimientos ocurridos allí en el año último—, sino también porque en sus playas vaga para mí el recuerdo de mi padre, a cuyo lado visité en la infancia aquellas magníficas murallas; aquellas ruinas asombrosas de una grandeza que aún no ha muerto. A él oí referir por la vez primera la historia de Cartagena, y lo sucedido allí en la época colonial y en el glorioso sitio de 1815. Estos recuerdos no se han borrado nunca de mi mente.

Hacía mucho tiempo que yo deseaba escribir algo por extenso acerca de las tragedias históricas ocurridas en Cartagena; pero no había tenido ocasión de realizar aquella idea, hasta que, al encargarme del folleto de *La Nación*, se me ocurrió que este debería contener algunas narraciones histórico-novelescas de interés en la actualidad, y empecé a escribir los cuadros que usted ha tenido la bondad de leer, según entiendo con algún aprecio, no por el escaso mérito que ellos tengan, sino por referirse a su ciudad natal.

Suplico, pues, a usted que acepte esta dedicatoria, como un público testimonio del grande aprecio y verdadera amistad que profeso al regenerador de mi patria y al más ilustre de los hijos de Cartagena.

Me repito de usted atenta servidora y amiga,

SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

Bogotá, enero 24 de 1885.

CONTESTACION

A la señora doña Soledad Acosta de Samper.

Mi distinguida señora y antigua amiga:

Soy, desde años atrás, lector asiduo de cuanto su noble pluma escribe; y los cuadros históricos que publica *La Nación* han debido naturalmente, de una manera especial, interesarme.

La dedicatoria que usted se digna hacerme de la colección de esos cuadros me es, por tanto, doblemente grata y honrosa, y la acepto con reconocimiento profundo.

Ligado, durante muchos años, a la respetable casa de usted por vínculo político, en la obra de salvación nacional a que usted bondadosamente alude, debo a ustedes una de las más eficaces cooperaciones. El enorme contingente de su ilustre esposo, el señor doctor Samper, es demasiado notorio. La parte personal de usted es menos conocida; pero tanto a mí me consta, que más de una rectificación de ideas debo a palabras suyas, proferidas en tiempo oportuno, en la época tempestuosa de 1875, en que tuvo principio seguramente la complicada labor de regeneración, próxima ya a final y feliz desenlace.

Repito a usted, con todo respeto, la expresión de mi gratitud; y aprovecho la oportunidad para suscribirme de usted seguro servidor y leal amigo,

RAFAEL NUÑEZ

Bogotá, 25 de enero de 1885.

INTRODUCCION

La envidia, la emulación y el odio que el gran poderío de España en el nuevo mundo despertó entre las demás naciones europeas, se había traducido por medio de ataques y vías de hecho: cosa natural en un tiempo recién emancipado de la barbarie y que acababa de salir de la época de transición llamada de la edad media. Aquellos ataques injustos contra España se pusieron en planta por ciertas asociaciones y compañías de piratas, corsarios, filibusteros, bucaneros y aventureros de diferentes naciones, y particularmente ingleses y franceses, los cuales, con el pretexto de auxiliar a sus gobiernos y reyes —casi continuamente en guerra contra España—, se dieron a robar los tesoros que llevaban de las colonias a la madre patria, cometiendo al mismo tiempo innumerables desafueros y crueles acciones en los puertos hispanoamericanos, como podía temerse de malandrines sin Dios ni ley.

Establecidas aquellas asociaciones de piratas en varias islas de las Antillas, que habían logrado tomar por su cuenta, muy en breve se hicieron poderosos y temibles, y las expediciones que sus jefes enviaban contra la tierra firme causaban el espanto y el terror de los colonos, que jamás podían vivir tranquilos y seguros.

Señalaremos aquí muy de paso los nombres de las expediciones más importantes que atacaron las costas de los territorios que hoy forman la República de Colombia.

Los primeros que arruinaron las recién fundadas poblaciones de Santa Marta y Cartagena, en 1544, pertenecían a la nación francesa, y los historiadores españoles llaman a su jefe *Roberto Baal* o *Bahal*. Tras estos vinieron los tolerados y enviados por la reina Isabel de Inglaterra, al mando de los *Hawkins*, padre e hijo, los cuales arruinaron a Nombre de Dios y a Río de Hacha. Después *Francisco Drake* atacó a Santa Marta, Cartagena, Portobelo y Chagres, en 1570 y 1596. *Guateral* se apoderó de varios lugares en las cercanías de Portobelo, y lo saqueó; *Francisco Lolois* hizo otro tanto; pero después de haber robado muchas de las poblaciones del istmo, murió a manos de los indios del Darién.

Uno de los más audaces filibusteros del siglo XVII, *Juan Morgan*, no se contentó con saquear a Portobelo, sino que entró por el río Chagres, y atravesando el istmo llegó hasta Panamá, a la cual atacó, robó y convirtió en cenizas, ayudado por *Carlos Henrique Clerk* (1), que se hallaba en las aguas del Pacífico con una fragata inglesa.

En aquel mismo siglo *Juan Spring* atacó a Portobelo, en 1670; en 1680 *Bartolomé Sharp*, *Juan Guarlen* o *Swan Waffer* y *Bartolomé Bolmen*, hicieron el mismo viaje a través del istmo en connivencia con los indios del Darién, y, después de muchas aventuras, los que lograron salir con vida regresaron a Europa en las naves españolas que encontraron en el Pacífico.

Algunos años adelante, un jefe enviado expresamente por la corte de Francia —el *Barón de Pointis*— se unió a los filibusteros para atacar y tomar a Cartagena.

Al empezar el siglo XVIII, los corsarios ingleses *Tomás Colb*, *Guillermo Dampier* y otros cometieron toda suerte de depredaciones a uno y otro lado del istmo de Panamá, y dejaron manchados con sangre sus nombres en los anales de nuestras costas. A mediados del siglo XVIII los puertos de Portobelo (2) Chagres y Cartagena fueron atacados por las escuadras inglesas al mando, primero del almirante Hossier, después del almirante Vernon y, finalmente, de *Guillermo Kínhiesel*, enviado por el almirante Ogle.

Los hechos ejecutados por estos enemigos de España, y los acontecimientos ocurridos durante aquellos ataques, todos más o menos dramáticos, dan una idea de lo que eran las costumbres y los caracteres de aquellos pasados siglos; por lo cual nos hemos propuesto narrar en los cuadros histórico-novelescos que se leerán a continuación algunos de los sucesos más interesantes que hemos hallado, particularmente en la historia de Cartagena, una de las ciudades que más odiaban los piratas, y la única que logró defenderse con brío contra sus enemigos, aunque no siempre con éxito feliz.

(1) Este fue ajusticiado doce años después en el Perú.

(2) En siglo y medio, de 1596 a 1744, Portobelo fue invadido y saqueado seis veces por los ingleses.